

algunos rusos, que se establecieron en ella con objeto de comerciar. Allí nos esperaban ya oficiales de Kiakhta que habian venido á recibirnos con carruajes y escolta militar. Desde aquí entramos, por decirlo así, en civilizacion, durmiendo por última vez en la tienda.»

XXXIII.

Llegada á Kiakhta.—Aspecto de la ciudad rusa.—Catedral griega.—Cumplimiento dirigido por el archimandrita.—Falta de camas en las casas siberianas.—Hospitalidad forzada.—Averías de los vapores en el lago Baikal.—Embarque en buques de vela.—Espantosa tempestad durante la noche.—Ciudad destruida por un terremoto.—Magnífico panorama.

«Tantas cosas han pasado durante estos cuatro dias, que no he tenido tiempo para hacer un apunte: procuraré ganar el tiempo perdido.

Además del oficial de artillería espedido por el gobernador de Kiakhta, hallamos tambien en la estacion de Guilanov al ayudante de campo del gobernador general de la Siberia oriental, enviado para cumplimentarnos en su nombre y acompañarnos hasta Irkutsk. Mr. de Ozeroff habia ido el año precedente á Pekín, donde mi marido le habia suplicado, indicándole la época probable de nuestra llegada, enviara carruajes por nuestra cuenta, y él nos esperaba en dicha estacion con tres *tarentas*, grandes sillas de posta de cinco y seis caballos, y *telegas*, especie de calesa de tres caballos empleadas en el servicio público y que pusieron generosamente á nuestra disposicion. Se me hizo montar con Mad. Baluseck en una *tarenta*, cuyos caballos partieron á escape, según correspondia para hacernos honor. La vasta llanura de Guilanov, huía á nuestra vista con una rapidez vertiginosa: las ruedas saltaban con un ruido infernal por encima de los troncos y las piedras esparcidas por todo el camino, y no habia medio de hacer parar. No podíamos hablar, ni aun respirar; y para dar idea de la rapidez, solo diré que los cosacos de la escolta apenas podian seguirnos al gran galope de sus caballos. Confieso que veia llegar con gusto los barrizales donde se hundia el carruaje hasta los ojos y los vados de los rios, porque aquí á lo menos podia tomar aliento. Mi compañera mas acostumbrada que yo á los vaivenes, pero mas temerosa de ahogarse, se agarraba entonces con toda su fuerza á los asientos de la *tarenta*, y así pagábamos, cada una á su vez, tributo á la debilidad femenina.

Con este imponente aparato de escolta, de ruido de campanillas, de chasquidos de látigos, pasamos el puente de madera del modesto rio que separa los dos inmensos imperios chino y ruso. Entonces observé que se hacian los honores militares á las mujeres de los empleados superiores lo mismo que á sus maridos.

Condujéronnos directamente al palacio del gobernador de Kiakhta, Mr. Despots Zenowich, quien tuvo á bien cedernos sus aposentos particulares, por una galantería enteramente rusa, acomodándose él en sus oficinas para dejarnos á toda nuestra libertad.

Lo que mas me choca aquí es la profusion de flores: en los aposentos, en las escaleras, en los gabinetes, en todas partes hay grandes cajas colocadas simétricamente con geranios, rosas, camelias; hay tambien colocados en las plafones elegantes jarros de porcelana de China que suspenden sobre las cabezas festones de flores de varias clases: no teniendo costumbre de respirar olores fuertes, no puede evitarse la jaqueca en estas casas jardines.

Kiakhta se compone de tres ciudades: la ciudad china, ó *Me-me-tchen*, la ciudad rusa y la ciudad oficial. *Me-me-tchen* (6,000 habitantes) es un depósito de cambio para los paños, pieles, sederías y té: no tenemos gana de visitar este barrio que excita la curiosidad de los europeos procedentes de Siberia. Encuéntrase un gran número de comerciantes chinos en la ciudad rusa (unas 500 almas) que está separada de aquella por una empalizada que guardan funcionarios públicos: cansados de la China, reservamos toda nuestra curiosidad para *Troitskosavsk*, la ciudad oficial que contiene 10,000 habitantes.

Troitskosavsk, situada en un valle que sigue la direccion de Norte á Sur y atravesada por un riachuelo, está regularmente edificada y presenta el aspecto de una ciudad europea. Sus casas construidas de madera de pinabete tienen ventanas bien cortadas. El palacio del gobernador de estilo greco-gótico con arquivitrabes y columnatas está situado en una gran plaza cuadrada en frente de la casa de policía, gran edificio que en Siberia está siempre dominado por una redonda torre en forma de observatorio. Las iglesias son numerosas relativamente á la poblacion, y entre ellas descuella la catedral decorada con cúpulas y campanarios: todas las construcciones, en fin, grandes ó pequeñas, ricas ó pobres, están blanqueadas con cal y rebocadas con medios colores, como rosado, amarillo claro, y azul celeste; la catedral blanca y lila tiene los campanarios pintados de verde manzana con arabescos mas oscuros. Esta ostentacion de colores que recuerda un poco el gusto chino, da un aspecto de limpieza y frescura á esta pequeña ciudad que parecia haber salido en una sola pieza del cerebro de un arquitecto enamorado del idilio pastoril. En cambio el paisaje del contorno es triste, melancólico, sin árboles ni verdura; altas colinas áridas y desnudas forman el horizonte de la ciudad situada en el fondo de un valle á modo de embudo.

Hemos llegado aquí á las cinco de la tarde. Apenas hemos tenido tiempo de reconocernos, nos ha sido preciso aceptar una gran comida dada en nuestro ho-

nor por el gobernador de la ciudad. Habiéndose retardado nuestro convoy con los equipajes, he tenido que asistir en traje de hombre, chaqueta, calzon follado, fieltro gris y botas de montar. Singular efecto debia hacer entre las damas rusas vestidas á la última moda de París. La comida, muy bien servida por cierto, ha terminado por la presentacion de las personas mas notables de la ciudad. Antes de ayer en un paseo que dimos con el gobernador, sucedió lo mismo: atraídos á la vez por la curiosidad y por un sentimiento de respetuosa cordialidad, todos los ricos comerciantes de la ciudad, como tambien sus mujeres vinieron sucesivamente á ofrecernos sus homenajes. Aquí el dinero no hace mas que un papel secundario en la consideracion pública, y el mas humilde funcionario es saludado con el mayor respeto por comerciantes é industriales diez veces millonarios.

Aquel dia hubo concierto de instrumentos de viento, dado por los cosacos en el Reducto, vasto jardin público rodeado de blancas barreras, como un hipódromo y adornado de bellos árboles y saltos de agua en fuentes de rocalla. El concierto se trasformó muy luego en baile: el kiosko del Reducto que es el punto de reunion general durante las largas tardes de estío, se conmovió bajo los pies de numerosos bailarines y desapareció en un turbion de faldas blancas, y levitas negras y uniformes de todas clases. Nada faltaba allí; ni siquiera la polka: no habia que sentir estar á 4,000 leguas de París. Casi todas las damas hablan el francés y no dejan de tener amenidad é instruccion; lo que es debido al contacto con los desterrados políticos que traen desde luego la urbanidad y buenas formas de la alta sociedad rusa. La Siberia es mas culta que la vieja Rusia: tan cierto es que es mas fácil implantar la civilizacion en un pueblo joven que rejuvenecerla en un pais viejo.

Ayer mañana asistimos á una solemne funcion en la catedral griega: su interior es de gran riqueza; el coro está separado de la iglesia por una reja de barrotes en losanje con molduras de oro y plata; el altar es de plata maciza como algunas urnas que guardan reliquias. El libro de los Evangelios forrado de oro y adornado de pedrería, dicen que ha costado 100,000 rublos. Esta profusion de metales preciosos se explica por la riqueza de las minas siberianas y el fervor religioso de las clases comerciales. Dos coros de hombres y niños, colocados á ambos lados de la nave alternaban á canto llano los sagrados himnos. Despues de la misa, el archimandrita dirigió un honroso cumplimiento al ministro de Francia, diciéndole que su paso por la ciudad quedaria en la memoria de todos sus habitantes como un acontecimiento histórico: el cumplimiento era, como he dicho, muy honroso para nosotros, pero el francés del archimandrita dejaba mucho que desear... el pobre sacerdote hizo lo que pudo.

En este momento, dando una ojeada retrospectiva á este viaje por medio de pueblos medio salvajes y casi desconocidos de la Europa, sin ninguna apariencia de peligro y con la seguridad del explorador que da un paseo por las orillas del Rhin, mi alma da gracias á la Providencia que nos ha guiado hasta aquí y llena de confianza, considera como poca cosa los 8,000 kilómetros que nos restan que andar por tierra desde una á otra estremidad del antiguo continente.

Me acabo de despertar. El dia nace: ligeros copos de vapor blanquizco suben á la superficie del lago Baikal, cuyas tranquilas aguas besa la ligera brisa y cuyos contornos desaparecen á lo lejos en la bruma de la mañana. Al través de los vidrios de la *tarenta*, donde he pasado la noche, alojada á 8 pies por encima del puente del barco que me lleva, no veo nada del barco y me podria creer trasportada por un poder misterioso entre cielo y agua. Dicen que la falta de distraccion es favorable á las elucubraciones del espíritu: pues bien, ya es tiempo de poner al corriente mi cuaderno de viaje que he tenido abandonado una semana.

He salido de Kiakhta el 18 por la tarde en mi *tarenta*, acompañada del gobernador y muchos habitantes hasta Ost-Kiakhta, donde hay una bella casa de campo perteneciente á Mr. Despots Zenowich que tuvo la bondad de ofrecernos en ella una cena de despedida. Este arrabal de la ciudad está poblado de preciosas quintas, donde los ricos pasan la estacion del estío.

Cabalgando en cinco vigorosos caballos, pasamos rápidamente las estaciones de posta de *Kalimichnaia* y *Pavartnaia* y llegamos al romper el dia á dar vista á la pequeña ciudad de Salenguinsk, situada allende el Salenga. El rio es muy ancho por esta parte y como no hay puentes en Siberia, es preciso pasarlo en una barca que hace este servicio. El paso es peligroso: hay que bajar los carruajes por los bordes perpendiculares para colocarlos en la barca, y Mr. de Ozeroff, que dirige nuestra marcha, hace requerir una multitud de campesinos que vienen con aparejos de cuerdas á prestar este servicio. Luego que estamos á bordo, nuestros barqueros suben la corriente á fuerza de remos, ganan el centro de las aguas, despues se dejan caer á la deriva hácia la otra márgen, gobernándose solamente con el timon.

Selenguinsk que cuenta unos 3,000 habitantes es un pueblo insignificante, donde reposámos hasta el medio dia. A contar desde hoy, viajamos á la rusa, sin detenernos para acampar de noche, tomándonos solo el tiempo necesario para relevar los caballos, almorzar y comer y durmiendo en los carruajes preparados convenientemente. Este modo de transporte favorecido por el buen servicio de postas, organizado en todo el imperio ruso, permite salvar rápidamente

las distancias, si bien es por demás fatigoso. Las estaciones de postas, distantes 20 ó 30 *verstas*, son determinadas por el oficial que nos acompaña y elegidas por el inspector de policía en razón de los recursos que ofrecen. Todo este valle de Selenga está poblado y no mal cultivado.

El 20 nos separamos de la carretera para ir á reposar á *Verjneudinsk*, ciudad de 8,000 habitantes, situada á la orilla del Selenga. Nos alojamos en una de las mas bellas casas del pueblo, cuyo propietario la cede en obsequio nuestro. A este y otros servicios están obligadas estas gentes por carga pública ó por requerimiento de la autoridad. Verdad es que los indígenas miran como un alto honor alojar en sus casas á las personas notables. La casa que habitamos pertenece á un jóven muy bien educado é instruido, pobre colono polaco, desterrado aquí por haber amado á su patria, noble virtud que es un crimen, que no se perdona en Rusia. El polaco se ha casado con la viuda de uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad, y así que encontramos en su casa, no solo comodidad, sino lujo. La cama es un mueble íntimo que no se estila por aquí. Los siberianos, que están casi siempre de viaje, llevan en sus carruajes una profusion de cogines que les sirven de colchon y tienen costumbre de dormir vestidos, costumbre que siguen luego que vuelven á casa. Pero, á decir verdad, debo confesar que hay en la de nuestro huésped un lecho, aunque muy angosto: sin duda duermen en él alternativamente los cuatro individuos de la familia.

Verjneudinsk, regularmente edificada, es el centro de vastos mercados agrícolas, á donde se trae ganado de toda la comarca: aquí reposamos hasta la noche.

El pueblecillo de *Illinsk*, á donde llegamos la mañana siguiente, tiene aun impresas las señales de un terremoto que tiempo atrás había revuelto la comarca. Una ciudad, no lejos de aquí, junto á la costa oriental del lago Baikal, había sido completamente destruida. Mad. Balusek, acompañada de Mr. Ozeroff, fué á visitar el lugar de la catástrofe; nosotros nos dirigimos desde luego á *Passolsk*, puerto de embarque á 110 *verstas* de *Illinsk*, á donde habíamos de esperarla.

Alentrar en *Kabansk*, pueblo situado á la mitad del camino, nos dieron una noticia desagradable habiendo sufrido grandes averías los dos vapores que hacen la travesía del lago, no se sabía cuándo podrian hacer otra vez el servicio. Decidimos, pues, dormir en el pueblo; pero al día siguiente, habiéndonos aconsejado ir sin demora á *Passolsk* para esperar allí viento favorable con que poder hacer la travesía á bordo de algun barco de vela, preferimos acampar en nuestros carruajes á la orilla del lago antes que arriesgarnos á perder una buena ocasion.

Pero á saber lo que había de pasarnos en *Passolsk*, hubiéramos sacrificado en *Kabansk* algunos dias á nuestro reposo. Apenas llegamos á *Passolsk*, recibimos la visita de un agente de la compañía de los barcos, el cual nos ofreció trasportarnos al instante, toda vez que el viento era favorable: dijonos tambien que nuestra gente se había embarcado sin contratiempo la antevíspera y que debian haber arribado ya á *Irkutsk*.

No habia tiempo que perder, y se procedió inmediatamente al embarque. No hay nada mas sucio y mal dispuesto que estos pesados barcos que sirven ordinariamente para el cargamento de té. En lenguaje marino son verdaderas abarcas anchas de popa y proa, ventruadas, de un solo mástil con una vela cuadrada y un foque. Para que sean mas pesados aun los tales barcos, tienen dos puentes, como si fueran de línea. Ya se concibe cuán difícil es mover tan enormes moles: no se les puede hacer recoger el viento por defecto de su forma y velas y hay que esperar el de popa, para hacer una travesía de 60 *verstas*, y si cae el viento ó cambia de rumbo, como no se puede echar el ancla en estas aguas de profundidad pasmosa hay que atracar á la orilla: tal es el estado de la navegacion en este magnífico mar de agua dulce que se llama el lago Baikal.

Por fin, á eso del oscurecer, y despues de trabajosas maniobras, nuestras tarentas, equipajes y criados se hallaban ya á bordo. Solo falta hacernos á la vela; pero el viento fresco cesa y nos acostamos en nuestros mismos carruajes esperando que sople á la madrugada. Y sopla, sí; pero con tanta violencia, que es un huracan impetuoso. Y redobra sus ímpetus durante todo el dia y toda la noche haciéndonos correr verdaderos peligros. Ondas estrechas pero enormes azotan y cubren el barco agitándolo espantosamente; su vieja tablazon cruge y el patron impotente para conjurar el riesgo con sus cinco ó seis marineros desconcertados de espanto, teme á cada golpe de mar ver arrancado el barco de sus anclas y estrellado en la orilla, donde los ribereños encienden grandes hogueras para prevenir los siniestros. Nuestros carruajes son sacudidos de tal modo por las ráfagas del insistente huracan, que tenemos que abandonarlos y refugiarnos en el entrepuente. ¡Siempre me acordaré de la noche de antea yer! Sentados en bancos de madera que rodaban á cada sacudimiento de borrasca: inundados por las olas que caian sobre nosotros en cascada desde lo alto del puente, helados por la intemperie de la tormentosa noche, angustiados por el mefítico olor de aquella sucia cala, esperábamos á cada instante sucumbir de una manera ó de otra. Las ondas agitaban tan violentamente el viejo armazon del barco, que las alturas de la costa de que estábamos alejados unos 200 metros, danzaban ante

nosotros con sus coronas de antorchas encendidas que iluminaban siniestramente los árboles y las rocas y la trabajada espuma del revuelto lago: era un espectáculo fantástico, horroroso, infernal. Y mi pobre chino, el jóven Licur, que no habia navegado nunca, tomaba su mareo por la agonía de la muerte.

El viento, por fin, calmó un poco al despuntar el

dia, y aprovechando la ocasion, saltamos en tierra con ánimo resuelto de no volver á quedar á bordo en barcos tan inhospitalarios.

Passolsk es una aldea que no ofrecería ningun recurso si no hubiera en sus cercanías un monasterio, fundado hace unos cien años, y que es un lugar de peregrinacion célebre en toda la comarca. Los bue-



Familia de mongoles Khalkas.

nos padres se dignaron cedernos algunas provisiones frescas de que teníamos ciertamente nosotros gran necesidad.

El mismo dia volvieron á incorporarse á la partida Mad. Balusek y Mr. Ozeroff, fuertemente impresionados de lo que habian visto. La ciudad de *Stepna*, destruida por el reciente terremoto y situada en la margen del lago, á 20 *verstas* Norte de *Passolsk*, habia sido tragada casi enteramente: un abismo se entreabrió en su mismo seno con una irrupcion de agua; y mientras los techos de las casas apenas sobresalen de esta líquida masa, la iglesia y algunas casas adyacentes fueron levantadas á 100 metros por los

fuegos subterráneos. En esta situacion imponente, horrible, permanecen aun.

Despues de comer, el viento volvió á soplar favorablemente, y encomendándonos á Dios, nos embarcamos todos otra vez al brillo de una clarísima luna.

El panorama que á mi vista se desenvuelve en este momento no tiene igual en el mundo. Nos hallamos á 500 metros apenas de la costa de *Livenitchnaia*, á donde hemos de desembarcar; la brisa debilitada no infla ya nuestras velas y el barco suavemente llevado por el curso de las aguas, se inclina poco á poco hácia el Noreste. A mi izquierda, los altos picos de las montañas de *Chamardaban*, siempre vestidos con

sus albas túnicas de nieve, se sonrosan al primer rayo del sol de la mañana, mientras que sus hondas faldas permanecen aun envueltas en el vago velo de la noche; despues la costa oriental con todos sus recortes, sus negras rocas, sus blanquecinas playas y su cintura de graciosas colinas coronadas de verdes pinabetes; delante de mí el pequeño puerto de *Livenitchnaia*, con sus casas de madera pintadas de lila y azul, con su desembarcadero sobre estacas, sus talleres de construccion, un barco de vapor desamparado en su muelle, y cerca del puerto una multitud de embarcaciones de pesca y balleneras chatas, puntiagudas que compiten con ellas en ligereza; á mi derecha, en fin, el lago entero que parece perderse en la vasta bahía del rio Angara, á quien alimenta con sus aguas.

¡Oh Baikal! ¡tus tempestades son violentas, tus marineros pretenden que quieres llamarte *Madama la Mar*, pero que si te llaman *Monsieur el Lago*, sublevas tus olas al punto! Séme propicio: yo no te ofenderé con un nombre indigno de tí; confieso ante tí que he tenido mas miedo de tu cólera que de la de todos los océanos que he recorrido. Sí; tú eres un mar, porque puro como él, arrojas á la orilla los cadáveres que ensuciarían tu seno vírgen, porque tus abismos no se dejan medir como las altísimas montañas que hacen guardia de honor y los inmensos ventisqueros que sostienen y aumentan tu caudal. Pero, ¿para qué eres tan pérfido? ¿por qué nos sonríes despues de la tempestad, meciéndonos en ondas de esmeralda á algunos pasos de la playa, donde no quieres dejarnos arribar?...

La poética invocacion que dirigí al lago Baikal le decidió sin duda á mostrarse mas clemente, porque despues de haber hecho 3 leguas hácia el Noreste y cuando ya al oscurecer no podíamos fondear porque el ancla no mordía, lejos de ser empujados al capricho de los vientos como era de esperar, una brisa favorable vino á hinchar nuestras velas y nos hizo entrar felizmente en el puerto *Livenitchnaia*.

Segun los informes que acaban de darme, el lago Baikal que es el depósito mas grande de agua dulce de la alta Asia (de 220 leguas de longitud, de 15 á 20 de latitud), recibe el tributo de muchos rios y no tiene otra salida que el Angara. Rodeado por todas partes de altas montañas producidas por alguna gran revolucion volcánica, contiene veneros de agua hirviendo que salen á la superficie desde incommensurables profundidades. Con eso y todo se hiela todos los inviernos y entonces se pasa por medio de trineos. En el tiempo del deshielo es peligroso: las comunicaciones se interrumpen y los correos de la posta tienen que rodear al Sur por montañas casi impracticables. El gobernador ruso ha inaugurado en ellas los trabajos de un camino carretero que no se acabará en mu-

chos años, pero que ha de unir Irkutsk á Selenguinsk. El Baikal abunda menos de pesca que sus rios tributarios: véñse en él, sin embargo, salmones, manatos, sopladores; como tambien un gran número de paviotas y otras aves acuáticas, que en bandadas sin cuento nos acompañaron con sus penetrantes gritos durante la navegacion.

Al desembarcar en Livenitchnaia, se nos tenia preparada una suntuosa comida en la mejor casa de la ciudad, en la casa del agente de la compañía de vapores. Segun las costumbres del pais, los dueños de la casa no se sentaron á la mesa con nosotros; solo allá á los postres vinieron á beber á nuestra salud un vaso de-champaña. Nosotros habíamos almorzado bien á bordo y no teníamos gana de comer ni aun de beber; pero los hubiéramos ofendido mortalmente rehusando obsequio tan espontáneo.

Luego que terminó aquel intempestivo festin, montamos con placer en nuestras *tarentas*, que habían desembarcado y enganchado mientras tanto, y partimos al galope largo para Irkutsk por un camino magnífico.

El nivel del lago, fuertemente encauzado, está sobre el de la ciudad, situada á unos 50 *verstas*; por manera que se va descendiendo todo el camino, rodeando el rico valle de Angara el gran desagüe del Baikal. El pais está muy cultivado en la márgen derecha, sobre todo desde Talsuisk; la izquierda presenta hondas gargantas donde crecen interminables bosques de pinabetes formando una gran cortina negra á lo largo de las trasparentes aguas del rio que corre á cauce lleno y es á lo menos tan ancho como el Rhin.

A nuestra llegada á Irkutsk nos han conducido á la casa del prefecto, ausente á la sazón, cuyo alojamiento se nos había preparado suntuosamente. No bien echamos pie á tierra, se nos presentaron un teniente coronel, jefe de policia, Mr. Vokoulski y un ayudante del gobernador con encargo de manifestarnos que podíamos considerarnos como en nuestra propia casa, que el jefe de los comerciantes, á nombre de la poblacion, se honraba en ofrecernos la mas completa hospitalidad, y de costear todos nuestros gastos; pero que no hablando francés, había delegado en su lugar al jefe de policia, quien efectivamente no nos dejó durante nuestra estancia, llevando su buen deseo hasta almorzar y comer con nosotros para vigilar mejor todos los pormenores de nuestra instalacion.

Una hora despues llegaba el ayudante de campo de Mr. Joukowski, gobernador general interino, con encargo de preguntar en nombre de su jefe al ministro de Francia, si le convenia recibir su visita aquella misma noche ó al dia siguiente, á lo que Mr. Bourboulon respondió que el mismo iria á ver al gobernador el siguiente dia.

Despues de esta honrosa recepcion hecha al representante de Francia en el estremo Oriente y cuyo recuerdo no debo yo omitir, nos dejaron en familia, lo cual agradecemos cordialmente, rendidos de fatiga como estábamos.

Aquí encontramos al sargento y los soldados que habían llegado felizmente con nuestros bagajes. Pero tambien aquí nos separamos de nuestra compañera de viaje Mad. de Balusek, que fué á instalarse con su séquito en casa de un amigo de su familia.

XXXIV.

Irkutsk.—Permanencia en esta ciudad.—Partida.—Llanuras del Angara.—Desterrados polacos.—Travesía de Yenisei.—Siberia occidental.

«*Irkutsk*, capital del gobernador de la Siberia oriental contiene 23,000 habitantes, y está asentada en una de las altas vertientes del Angara en un recodo que forma el rio. Unida á los arrabales situados á la otra parte del agua por dos puentes de madera contruidos sobre estacas hasta el canal donde se convierten en puentes de barcas móviles para no estorvar la navegacion, Irkutsk, como todas las ciudades siberianas, es notable por el excesivo número de sus iglesias, cuyos campanarios descuellan entre las casas de ladrillo de los ricos comerciantes y las viviendas de madera de la gente del pueblo. Además de las veinte iglesias que tiene actualmente, se proyecta edificar una nueva catedral de gigantescas dimensiones por medio de una suscripcion abierta por la clase mercantil.

Al entrar aquí, despues de cuarenta dias de desierto, nos hemos impresionado vivamente por el espectáculo, animacion y movimiento que anuncian á una gran ciudad. Circulan en todas direcciones una multitud de carruajes, *tarentas*, telegas, *drocks* y aun cupés á la parisien; las calles de tierra apisonada tienen aceras de madera y las puertas de las casas comunican con las calles por medio de puentes echados sobre los terrenos inundados que ocupan la parte lateral de las principales calles y á cuyos bordes se estienden largas hileras de seculares álamos. Muchas casas tienen dos y aun tres pisos: en la calle mayor hay un gran número de tiendas teniendo algunas escaparates de cristal con anuncios en ruso y aun en francés, pues he hallado aquí una modista de París. En fin, y como última prueba de civilizacion, las calles están alumbradas, malamente es verdad, pues aun se usa el alumbrado de aceite. En Siberia no se conoce todavia el alumbrado mecánico y solo se usan las bugías en casa de los comerciantes ricos y las mechas de resina casa de los pobres.

Omitiré los incidentes de la comida con que se nos obsequió el dia siguiente de nuestra llegada por el

general Joukowski y tambien la enojosa ceremonia de las pretensiones. Una gran comida de cien cubiertos, ofrecida por la ciudad en el círculo de los comerciantes, fue mucho mas interesante, porque al fin nos dió idea exacta de las costumbres de la clase de paisanos. Además de unas veinte damas, las autoridades y las personas notables de Irkutsk habían sido invitadas á esta comida homérica, comenzada á las cuatro de una larga tarde de junio y concluida á la noche bien cerrada. El jefe de los comerciantes nos hacia los honores. Esta amable persona, enriquecida en el comercio del té y del *transit* con el imperio chino, cuyo centro es Irkutsk, iba todas las mañanas á informarse de nuestra salud y á ofrecernos sus respetos: levita negra, guantes amarillos, sombrero de seda, hé aquí su traje á la *dernière*; y el buen señor no sabiendo una palabra de francés, nos hacia en ruso un largo cumplimiento, fielmente traducido por el jefe de policia Mr. Vokoulski. A pesar de sus reverencias y de sus escurridades un tanto ridículas, como no querer nunca sentarse en nuestra presencia, obstinacion molesta por la larga duracion de sus visitas, el jefe de los comerciantes no deja de ser un ciudadano útil y un hombre distinguido: ejerce las funciones de alcalde (*maire*) de la ciudad, cuyos intereses defiende con tanto esmero, que merece el respeto de las demás autoridades y la adoracion de sus administrados á quienes colma de beneficios. En una visita que antes de ayer hice al instituto de señoritas, magnífico establecimiento de educacion, fundado bajo la proteccion de la emperatriz y mantenido bajo la vigilancia de las mujeres de los gobernadores generales, supe que el buen alcalde tiene á pension veinte huérfanas nobles, lo cual revela una inmensa fortuna y un gran tacto político de parte del comerciante que ayuda con sus rublos la iniciativa imperial.

No estando casado este digno hombre, una señora de la ciudad tuvo que hacer los honores de la comida de los cien. Nosotros tomamos asiento con las autoridades en la cabecera de la mesa, uno de cuyos lados ocupaba con los notables el jefe comerciante, mientras que las damas estaban relegadas en el otro. Hubo allí muchos discursos á que contestó á su vez Mr. de Bourboulon y numerosos *toasts* oficiales. El servicio se hacia á la europea: multitud de criados vestidos de levita negra y guante blanco, andaban solícitos á nuestro alrededor, como si hubiéramos estado en el *Hotel de Paris*. Bien puede decirse que la civilizacion francesa ha penetrado en Irkutsk bajo las formas de cocineros, modistas y maestros de baile.

Mientras nosotros comíamos con todo este aparato se daba un fraternal banquete á nuestros soldados por el cuerpo de gendarmería y los alumnos de la escuela de ingenieros militares. No se comprendian